

Dios no hace distinciones: Alumnos (10/13)

Dr. Justo L. González



Hechos 15

Lecciones Cristianas

8 de noviembre de 2015

Semillas de crecimiento: Dios no hace distinciones (alumnos)

10 de 13

Texto impreso: Hechos 15:1-12

Propósito de la lección

El texto que estudiamos nos ayuda a reflexionar sobre el modo en que quienes por largo tiempo han acostumbrado servir a Dios a su propia manera se resienten al ver a otras personas unirse al pueblo de Dios, trayendo sus costumbres y diferencias.

Esto es particularmente importante para el pueblo latino, compuesto en buena medida por inmigrantes y personas desplazadas. La experiencia del rechazo por parte de quienes debieron ser hermanos y hermanas en la fe es dolorosa.

Pero, como en el pasaje que estudiamos, el Espíritu Santo está creando una nueva iglesia. Con esa confianza podemos seguir adelante.

Examen de la Escritura

El pasaje que estudiamos hoy comienza en Antioquía y termina en Jerusalén. Pablo y Bernabé han regresado de su primer viaje misionero, que se cuenta en los capítulos 13 y 14 de Hechos. Ahora están de regreso en Antioquía, donde le han informado a la iglesia de lo que han hecho. Sobre todo, les hablan de la conversión de los gentiles en las ciudades que han visitado. Como

sabemos, fue en Antioquía que primero los cristianos empezaron a testificar de Jesucristo “a los griegos” —es decir, a los gentiles. Por eso habría en aquella iglesia buen número de gentiles convertidos al cristianismo, y la iglesia se regocijaría con el informe de Pablo y Bernabé.

Pero ahora llegan de la región de Judea, es decir, de Jerusalén o de sus alrededores, unos personajes a quienes Lucas no dignifica dándoles nombre, sino que sencillamente se refiere a ellos como “algunos”. Estos comienzan a decirles a quienes se han convertido de entre los gentiles que tienen que circuncidarse para ser salvos. Como era de esperarse, Pablo y Bernabé disputan con ellos. Muy probablemente, quienes insistían en la necesidad de la circuncisión, puesto que procedían de Judea, reclamaban para sí la autoridad de la iglesia madre. A la postre la cuestión llega a tal punto que la iglesia de Antioquía decide enviar una delegación a Jerusalén.

Camino a Jerusalén, por tierra, la delegación pasa por Fenicia y Samaria, donde va contando acerca de la conversión de los gentiles, y esa noticia es recibida con alegría por los creyentes en esas regiones. Luego, al llegar a Jerusalén la delegación cuenta con el apoyo no solo de los creyentes convertidos en el viaje de Pablo y Bernabé, sino también de los de Fenicia y Samaria.

En Jerusalén, son bien recibidos por la iglesia y la mayoría de sus líderes. Pero algunos de entre los fariseos que se habían convertido insisten en que los varones que se conviertan de entre los gentiles tienen que circuncidarse, y que todos tienen que guardar toda la Ley de Moisés.

Esto lleva a una reunión de los líderes de la iglesia en la que se discute ampliamente la cuestión. Por fin, Pedro se pone de pie y les recuerda la experiencia que él mismo tuvo con Cornelio y los suyos, lo cual muestra que Dios se compadece también de los gentiles, no haciendo diferencia entre gentiles y judíos. A esto añade la aseveración de que los mismos judíos no pueden cumplir la ley cabalmente, y que por tanto exigirles a los gentiles que lo hagan es poner sobre ellos una carga que los mismos que la imponen no pueden llevar.

Esto le pone fin a la discusión, y la iglesia se muestra ahora dispuesta a escuchar el informe y testimonio de Bernabé y de Pablo acerca de la conversión de los gentiles.

Aunque el texto impreso termina en este punto, si continuamos leyendo la historia en nuestras Biblias veremos que después de los informes de Pablo y Bernabé Pedro sugiere que se les escriba a los gentiles diciéndoles que se aparten de ciertas prácticas que la Ley de Moisés condena, pero que aparte de eso no se les imponga requisito alguno. Esto le parece bien a la iglesia, que decide enviarles una carta a los gentiles convertidos a la fe —carta que se encuentra en Hechos 15:23-29.

Aplicación de la lección

Al leer esta historia, es necesario tener en cuenta cuán difíciles serían para algunos los cambios que estaban teniendo lugar. Recordemos lo que vimos antes, acerca de la reacción de Pedro ante la visión con los animales limpios e inmundos. Pedro había estado con Jesús a través de

casi todo su ministerio. Pedro había recibido junto a los demás discípulos el mandato de ir por todo el mundo y predicar a todas las naciones. Pero así y todo a Pedro se le hizo difícil lo que Dios ahora pedía de él.

Lo mismo les sucedía ahora a aquellos cristianos en Jerusalén —particularmente los de origen fariseo— que veían unirse a la iglesia personas que no guardaban ni pensaban que debían guardar toda la Ley de Moisés. Para unirse al pueblo de Dios, pensaban, toda esta gente nueva tiene que hacer lo mismo que nosotros y nuestros antepasados hemos estado haciendo por años.

Pero tanto en el caso de Pedro como en el de estos fariseos Dios requiere que se abran a lo nuevo que Dios está haciendo. En casa de Cornelio Pedro descubre que el alcance del evangelio es mucho más amplio que lo que él imaginó. Y en la asamblea de Jerusalén, gracias al testimonio de Pedro, aquellos antiguos creyentes descubren lo mismo.

A través de toda la historia, Dios ha continuado trayendo gentes nuevas a la iglesia. A través de toda la historia, ha habido quien se resista a los cambios que esto implica. Hoy estamos viviendo un episodio más de esa historia. Millones y millones de personas se desplazan cada año, algunas de ellas voluntariamente, y otras huyendo de tiranías, guerras, pobreza, opresión, hambruna y calamidades naturales.

Esto le da a la iglesia una enorme oportunidad para evangelizar, dándoles la bienvenida a tales personas aun en medio de una sociedad indiferente y hasta hostil.

Buena parte del pueblo latino en los Estados Unidos conoce esto directa y personalmente, pues repetidamente escuchamos testimonios de personas que al llegar al país se sentían solas, abandonadas y confundidas, y fue la iglesia la que les ofreció apoyo, bienvenida y solidaridad. Por eso hemos de dar gracias.

Pero con la misma frecuencia escuchamos historias de personas que experimentan rechazo y hostilidad por parte de la iglesia o de sus miembros. Esto llega a tal punto que buena parte de la más amarga oposición a los inmigrantes proviene de grupos que parecen confundir su fe con su nacionalismo, y la pureza de doctrina con su supuesta pureza racial.

En tales circunstancias, el texto de hoy nos ayuda a entender lo que está teniendo lugar. Como aquellos creyentes en Jerusalén, estos hermanos y hermanas se ven amenazados por nuestra presencia. El modo en que han entendido su fe, y los privilegios de que han disfrutado, se ven amenazados. Y por eso para aceptarnos exigen que nos volvamos como ellos. (Lo cual, aunque quisiéramos, sería imposible.)

Pero el texto también nos muestra que, si nuestra llegada a la iglesia y a la comunidad, como la llegada de los gentiles a la iglesia antigua, es obra de Dios, el mismo Espíritu Santo que

persuadió a Pedro y a la iglesia de Jerusalén está actuando aun en los lugares en que menos lo imaginamos, abriendo camino hacia el futuro que Dios desea —aun cuando haya cristianos que no lo deseen.

No es por tanto cuestión de amargarnos, sino más bien cuestión de recordar en quién hemos creído, y cómo es que ese Dios actúa.

Oración

Ayúdanos, Señor, a aceptar a quienes son diferentes de nosotros, reconociendo que la gracia tuya que les salva es la misma que nos salva. Y cuando otros nos rechazan, danos fe para ver a tu Espíritu Santo actuando para crear una iglesia cada vez más inclusiva, cada vez más amplia, cada vez mejor testigo de tu Reino de paz, justicia y amor. Amén

AETH